

culpas. Indignos somos de tanto beneficio; pero sois Madre nuestra, Madre de misericordia, Madre de clemencia, nuestro asilo y refugio, dulce esperanza nuestra: á Vos clamamos, á Vos suspiramos en este valle de lágrimas: mostrádnos despues de este destierro á Jesús vuestro Hijo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES. (*)

*Ascendamus ad montem Domini...
et ambulabimus in semitis ejus.*

Subamos al monte del Señor... y por
sus sendas andaremos.

(ISAÍ. XI, 3.)

Diferentes nombres se han dado á nuestro siglo: unos lo han llamado siglo de las luces y del progreso; otros, siglo de los caminos de hierro y de vapor; estos, siglo de las ciencias químicas y matemáticas; y los de más allá, siglo de la discusion y de la libertad. Semejantes calificaciones gustan darle no pocos de los que tienen muerto ó ahogado el sentimiento de la vida sobrenatural.

No me defenderé en demostrar si estos nombres convienen ó no á nuestro siglo; pero, si puedo desde luego afirmar, que el verdadero nombre con que será designado á la posteridad el siglo XIX será con el del siglo de María Santísima; y en verdad, que el culto de la Madre de Dios, por lo ménos entre los que se precian de católicos practicantes, nunca se vió tan extendido y fervoroso como en nuestros días. Desde que fué proclamado el dogma de la Inmaculada Concepcion, que, en realidad, fué una explosion general de júbilo, hasta las fiestas particulares de afecto, en ningun otro siglo las glorias de María se habían celebrado con pompa tan esplendida y con entusiasmo tan universal. Las imágenes, llevadas en triunfo y expuestas en todas partes en honor de la Beatísima Virgen; las iluminaciones magníficas y espontáneas en sus festividades; las muchedumbres agolpadas al pié de los altares; las medallas con su efigie, que ostentan millares de devotos suyos; los muchos libros y opúsculos, que tratando de Ella enriquecen con nuevas y preciosas joyas la literatura religiosa; la coronacion de sus imágenes en varios pueblos; las congre-

(*) Lourdes.

gaciones piadosas reunidas bajo sus auspicios; las numerosas peregrinaciones á sus santuarios; y el mes de Mayo consagrado á la misma soberana Señora y grato á toda alma cristiana; prueban de una manera evidentísima, que á nuestro siglo le corresponde, verdaderamente, el nombre bellissimo de siglo de María.

Bajo otro concepto, corresponde tambien este nombre á nuestro siglo, porque tal vez en ningun otro María se había mostrado tan llena de misericordia y de bondad. ¿Y qué otra cosa publican sus muchas apariciones en nuestros días? ¿Qué otra cosa dicen los innumerables prodigios que han seguido á estas apariciones? Larga sería mi tarea si me propusiese tan solo indicar la historia de estas apariciones, y relatar todos los prodigios que las han confirmado, y que han sido para el mundo fuente abundante de bendiciones. Limitándome, pues, al asunto de la festividad de hoy, solo hablaré de la célebre aparicion de María Santísima en Lourdes y de sus faustísimas consecuencias. Vasto es el campo que voy á recorrer; pero Tú ¡oh María! Tú ¡oh amabilísima Virgen! ayúdame, comunica aliento á mi voz y fervor á mi espíritu, para que pueda decir cosas dignas de Ti, é inflamar los corazones de estos tus hijos, reunidos en este templo para escuchar las alabanzas de tu aparicion en Lourdes, Saludámoste ántes con el Angel: A. M.

Era el 11 de Febrero de 1858. Una niña de catorce años de edad, próximamente, llamada Bernardina Soubirous, estaba recogiendo leña seca á orillas del Gave, en un lugar inmediato á Lourdes, con una de sus hermanas de edad de once años y una de sus compañeras de edad de trece. Hija de un pobre molinero, era sencilla en sus costumbres é inocente de corazón. Llegadas que fueron las tres niñas cerca de la gruta llamada Massavielle, tenían que atravesar el canal de un molino: el molino estaba en reparacion y el canal casi sin agua. Las dos compañeras de Bernardina, que iban descalzas, cruzaron el canal sin dificultad, y llegaron á la gruta ántes que ella, porque de salud muy débil llevaba medias y tuvo que detenerse para descalzarse. Miétras se quitaba la primera media embargó su atencion un ruido semejante á vendabal, que agitaba, al parecer, los árboles inmediatos. Mira los álamos que ocupan las orillas del Gave, y observa que no se agitan. Quitase la segunda media: un ruido igual al primero retumba otra vez; y entónces fijando la vista al lado opuesto hácia la gruta, ve moverse un arbusto colocado en la abertura de un nicho de forma ovalada, y en este nicho, cree distinguir á una mages-

tnosa y bellissima Señora circuida de una luz brillante, y que lleva un vestido blanco, ceñido el cuerpo con un cinturon azul, un velo blanco en la cabeza, una rosa amarilla en cada pié, y entre las dos manos juntas un rosario de cuentas blancas con una cadena de color de oro. La aparicion le hace señas para que se acerque, mas ella no se atreve: teme ser víctima de una ilusion. La aparicion se hace más visible, y Bernardina ya no duda que está delante de un sér misterioso. Entónces coge instintivamente su rosario, y en el acto de empezar el rezo, cuando lleva el crucifijo á la frente para hacer la señal de la cruz, cáese su mano como paralizada: prueba de nuevo, pero en vano, hasta que la aparicion, como para animarla, coge el crucifijo del rosario que ella misma tenía entre sus propias manos y hace la señal de la cruz. Bernardina se reanima al punto y dice su rosario. Acabado el rezo, la aparicion se desvanece.

Entónces la niña se descalza por completo, cruza el canal, y llega á la gruta, donde encuentra á su hermana y compañera que estaban jugando. ¿No habeis visto algo? les preguntó Bernardina. No, nada hemos visto, respondieron ellas. Bernardina quedó de pronto como turbada; sin embargo, cediendo á las reiteradas preguntas de sus compañeras, les hace algunas confesiones. De regreso á su casa Bernardina lo refiere todo á su madre, la cual creyendo que ha sido víctima de alguna ilusion le prohíbe volver á la gruta de Massavielle. Entretanto las otras dos niñas, preocupadas con la confianza que les había hecho Bernardina, la instan para que les acompañe á la gruta; mas ella les manifiesta que no quiere desobedecer á su madre. Las niñas, á fuerza de instancias, consiguen al fin que la madre levante la órden. Pónense en camino; sin embargo, Bernardina no deja de abrigar algun temor, pues recuerda haber oido hablar de apariciones de espíritus malignos; mas tambien sabía, que á éstas se las puede ahuyentar con agua bendita. Coje una botellita y convida á sus compañeras que la acompañen á la iglesia. Ora allí un rato, llena la botellita de agua bendita, y salen las tres en direccion á la gruta.

Apénas habían llegado, cuando Bernardina se ve favorecida por la aparicion. Aunque visiblemente conmovida, la niña no se turba: arroja agua bendita sobre aquel sér misterioso, y le manda, que en el caso de no venir de parte de Dios, se retire. A esta intimacion responde la aparicion con la sonrisa más amable, inclinando su cabeza. Entónces Bernardina coge su rosario y se pone á recitarlo. La aparicion tambien tiene su rosario en la mano, y pasa las cuentas con sus dedos, pero sin que Bernardina la oiga articular una sola palabra.

Tan pronto como la niña acabó de decir su rosario, la aparición se desvaneció. Las compañeras de Bernardina vieron perfectamente los movimientos de ésta en el acto de arrojar el agua bendita, y notaron la trasformacion de su rostro mientras oraba, pero nada percibieron del objeto misterioso que absorbía todos los sentidos de la bienaventurada niña.

El jueves 18 de febrero, Bernardina volvió á la gruta, acompañada no solo de otras niñas, sino de algunas personas mayores de Lourdes, entre cuyos vecinos se empezaba á hablar de aquellas apariciones tan singulares. No bien acababan de llegar cuando Bernardina percibió ya la aparición. En el acto, y en cumplimiento del encargo que le habían hecho, ella le suplicó, que le dijese quien era y lo que quería. La aparición se sonrió, limitándose tan solo á dirigirle algunas breves palabras, pero llenas de dulzura y de bondad, convidándola á volver durante quince días á la gruta. Diez y ocho veces en diferentes días se repitió la aparición; y no solo Bernardina la vió, sino que oyó tambien las palabras de la agraciada Señora. En una de las apariciones, mostrándose ésta sumamente afligida, le encargó encarecidamente, que orase por la conversion de los pecadores. En otra, insistiendo sobre el mismo asunto, indicó de que manera se debía orar en pró de los pecadores, repitiendo tres veces la palabra *penitencia*. En otra le encarga á Bernardina, que vaya á decir á los sacerdotes, que Ella quiere que la levanten una capilla en el sitio mismo donde aparecía. En otra la ordena, que beba agua de la fuente, que se lave en ella, y coma una yerba que allí encontrará. La niña, que no había visto agua en ninguna parte dentro de la gruta, empieza á andar en direccion al Gave; mas hé aquí que la Señora vuelve á llamarla, y le señala con el dedo el fondo de la gruta. Bernardina obedece; pero ¿cómo beber y lavarse allí donde no ve sino una tierra humedecida? Excava con sus manos, forma un pequeño hoyo, donde manaba un poco de agua, tan cenagosa, que habiéndola acercado á sus lábios, tuvo que arrojarla por tres veces; sin embargo, es tan formal la orden que acaba por triunfar de su repugnancia: bebe, se lava, y come de una yerbecita, una especie de berro, que encuentra en el sitio indicado. Finalmente, aunque Bernardina había pedido repetidas veces á la aparición que le dijese quien era, no obtuvo por respuesta sino una amable sonrisa; mas, insistiendo siempre en la misma pregunta, la Señora levantó las manos, y juntándolas á la altura del pecho, alzó los ojos al cielo, y formuló clara y distintamente esta respuesta: *Yo soy la Inmaculada Concepcion.*

La fama del prodigio, no solo hizo mucho ruido en Lourdes y sus alrededores, sino tambien en la ciudad diocesana de Tarbes y comarcas colindantes. Muy en breve, millares de personas, todas las mañanas acompañaban ó aguardaban cerca de la Gruta á la dichosa doncella, no obstante el cansancio, el frío y las incomodidades de un largo viaje. Mucho ántes de la hora del alba, empezaba á oirse por las calles de Lourdes un sordo y continuo rumor, que anunciaba la marcha del pueblo á Massavielle. Todos los caminos que conducían al lugar de la aparición eran atestados de carruajes y curiosos; todas las posadas y todas las casas del país no bastaban para contener tantos forasteros. El gentío, que en los primeros días constaba únicamente de algunos centenares de personas, en los siguientes aumentó hasta veinte mil; y muchas, á pesar de la estacion más rigurosa del invierno, pasaban la noche á cielo descubierto para coger el mejor puesto, y así poder contemplar de cerca una maravilla, acogida, en general, con entusiasmo, y con incredulidad por otras. Y no es que alguien viese la celestial aparición; únicamente Bernardina la veía, tan solo ella la contemplaba y oía sus palabras; empero todos los circunstantes veían la trasformacion del rostro de la feliz doncella, como si revistiese algo de sobrenatural y divino.

Un acontecimiento tan extraordinario, un prodigio tan señalado, un milagro tan estupendo, puso, naturalmente, en agitacion á todas las furias del abismo. Al ver avivarse la fé por los sucesos de Lourdes, reanimarse la esperanza, inflamarse la caridad, y producirse nuevas pruebas á favor de lo sobrenatural, no podian ménos que salir á contradecirlas, apelando al efecto á las artes más maquiélicas, á las astucias más descaradas y á las más maliciosas asechanzas. Sin embargo, la Santísima Virgen, del mismo modo que se apareció á Bernardina, tambien con la misma aparición confundió todos los conatos del Infierno. Los confundió, no con uno solo, sino con innumerables prodigios; y con milagros tan repetidos y tan varios, observados atentamente por numerosísimos espectadores, tan por encima de todas las leyes de la medicina, de la fisiología y de la química, que los incrédulos tuvieron que bajar la cabeza y enmudecer vergonzosamente.

Se empezó por propalar, que cuanto se relataba de la aparición era una ficcion, una pura fábula. Por consiguiente, la autoridad civil, los libre-pensadores, los filósofos del siglo, con el anhelo de descubrir la comedia, al decir de ellos, interrogaron varias veces á Bernardina, la estrecharon con preguntas capciosas acerca de los

más minuciosos detalles; repitieron de mil maneras las mismas preguntas, con la mira de hallarla en contradicción; llamáronla embustera, embaucadora, le ofrecieron dinero; y, por fin, trataron de intimidarla amenazándola con la cárcel. Empero la piadosa niña, no confundida, ni intimidada, y sin turbarse jamás, respondió siempre las mismas cosas, relató siempre el mismo suceso; y toda la mala fé y sutileza de los interrogatorios de la impiedad, no pudieron sacar de los labios de Bernardina la menor contradicción.

Se apeló, por último, á la idea tan comun en estos tiempos, de atribuir al clero cuanto acontecía relativamente á la aparición; obra de largo tiempo preparada por el mismo para alimentar el fanatismo. Al principio obtuvo algun favor esa idea entre los ignorantes y los sencillos; bien pronto, empero, quedó manifiesto á todo el mundo, que el clero nada absolutamente tenía que ver con los hechos maravillosos de la Gruta. Entre los millares de personas que acudían á presenciar los sucesos no se veía ni un solo eclesiástico, ni entre las personas que hablaban ó se ocupaban públicamente del prodigio figuraba un solo sacerdote. Los eclesiásticos, en su totalidad, callaron, se encerraron en un prudente silencio; y en la necesidad de tener que contestar á lo que pensaban acerca del particular, se limitaban á decir, que era preciso aguardar los sucesos; y no contestaban de esta suerte porque la autoridad superior eclesiástica permaneciese indiferente, como de ello se quejaban al parecer algunos fieles, pues todos los días ésta se hacía dar cuenta de cuanto acontecía en la Gruta, así como de todas las circunstancias que se relacionaban con una cuestión cuya importancia tomaba cada vez más cuerpo. Despues de dar tiempo al entusiasmo para calmarse, despues de seis meses de prudentes dilaciones, el Rdo. obispo de Tarbes, como diocesano, expidió un decreto nombrando una Comisión, á la cual encargaba el exámen escrupuloso de los hechos reputados milagrosos para poner en su punto la verdad.

Se llegó hasta á afirmar, que Bernardina era una visionaria, que padecía de catalepsia, y por ende, dispuesta á alucinarse. Sin embargo, habiéndose repetido los hechos de la Gruta por espacio de quince días, fué fácil á la Comisión estudiarlos muy detenidamente, ayudada de los conocimientos que los hombres de la ciencia le podía proporcionar. Ahora bien; el exámen destruyó cuanto podía ser propio de las alucinaciones y guardar alguna relacion con la forjada sospecha de catalepsia. Uno de los médicos de mayor reputacion de Lourdes, presente á la Gruta y próximo á Bernardina, habiéndola

observado escrupulosamente en todos sus movimientos, y tomado el pulso varias veces, se vió obligado á confesar, que se trataba de un hecho extraordinario ignorado enteramente de la ciencia médica. Luego, uno de los funcionarios del Estado, habiendo ido á la Gruta con la idea preconcebida de asistir á la representacion de una farsa ridícula, á la vista de aquel rostro trasfigurado de la niña, se desvanecieron completamente todas sus preocupaciones, todas sus objeciones filosóficas, y todas sus negaciones anteriores. «Adquirí, estas son sus propias palabras, la convicción profunda, de que allí existía realmente un personaje misterioso. Mis ojos no lo veían, pero mi alma y la de innumerables espectadores lo veían con la íntima luz de la evidencia. Lo afirmo, sí: había allí un personaje celestial. Trasfigurada Bernardina de improviso, no era ya ella, sino un ángel del Paraíso celestial absorto en éxtasis. No era el rostro de ántes, sino otro dotado de inteligencia, que vivía otra vida, é iba á decir que otra alma la animaba.»

Derrotada la oposición incrédula en los hechos ya referidos, y no atreviéndose ya á mofarse públicamente de la aparición, trataron de combatirla en otro terreno. Para creer, hubo quien pidió que la misteriosa Señora, á imitación de Josué, en pleno día detuviese el sol en su carrera; otro, que como Moisés, desviase las aguas del Gave; este, que se mostrase á todo el concurso; y aquel, que intimase sus órdenes á la naturaleza. ¡Qué digo! Hasta el mismo virtuoso cura de aquella parroquia, el Rdo. Peyramale, pidió que floreciese el rosal silvestre, cuyas ramas trepaban entre las rocas del monte, no obstante de hallarse á mediados de febrero. Empero, no se detuvo el sol, ni se desviaron las aguas del Gave, ni floreció el rosal; un portento algo mayor bastó para poner término á las exigencias de los incrédulos ó de los indiscretos.

Me refiero aquí, hermanos míos, al agua que brotó bajo las manos de la doncella. Antes de aquel día, la Gruta había estado seca, nadie había visto ó sabido que existiese allí vestigio alguno de fuente. El descubrimiento, pues, de una fuente en las peñas de Massavielle, de improviso, sin antecedente alguno, bien podía considerarse como una demostración de la aparición prodigiosa, y así lo pensaron muchas personas piadosas, á la par de otras de aquellas en las cuales restaba algo de buena fé. Con todo, no se dieron aún por vencidos los sábios de nuestro siglo. Alegaron, que el pretendido prodigio de la fuente estaba indicado en la humedad de la Gruta, y producido por algun hilo de agua que habría filtrado por las rocas durante las estaciones

lluviosas. Pero Dios, que con los hechos de Lourdes quería confundir la sabiduría del mundo, hizo, que aquel hilo de agua aumentase el día siguiente de aparecido hasta el grueso de un dedo, á los dos siguientes como un brazo, y, finalmente, que manase constantemente hasta ochenta y cinco litros por minuto de agua fresca y cristalina. Figuraos, hermanos míos, cuanto por esta fuente tuvieron que morirse los labios los impíos, y cuanta fué la alegría de los fieles, quienes celebraron el portento con himnos de alabanza á Dios y á su santísima Madre.

Empero, la alegría y los cánticos en accion de gracias aumentaron lo indecible cuando se descubrió, que esa agua de la Gruta era saludable físicamente. Desde luego, unos se lavaban con ella cara y manos, otros empapaban de ella los pañuelos, y presto se difundió la voz de curaciones obtenidas instantáneamente. Un niño de dos años, macilento, pálido, con los ojos vidriosos y los miembros rígidos, estaba próximo á morir, y mientras que se le preparaba la ropa para amortajarlo, su madre le toma en brazos, se dirige á la Gruta, atraviesa la muchedumbre, y no obstante la reprobacion de los circunstantes, sumerge resueltamente á su hijo moribundo en la piscina formada de las aguas de la fuente hasta el cuello, y queda curado al instante.—Una señora, que guardaba cama hacia tres años, á causa de una fiebre lenta unida á una pleuresía, y que por considerarla incurable los médicos ya no la asistían sinó por pura ceremonia, acudiendo á Nuestra Señora de Lourdes vió desaparecer la dolencia con solo beber agua del portentoso manantial.—Blasa Soupenne, de edad de cincuenta años, padeciendo hacia tres años de una bléfarite, complicada con un estropion, enfermedad en los párpados, y habiendo empleado inútilmente todos los remedios de la ciencia médica, se lava una y dos veces con el agua de la Gruta y queda curada por completo.—Enrique Busquet, que atacado de fiebre tifóidea, perdida toda esperanza de curacion se procuró una botella del agua maravillosa, la bebió por la noche, y al día siguiente se encontró perfectamente curado.

Los cuatro hechos extraordinarios que acabo de relatar no son los únicos cuya veracidad estableció la Comision diocesana; muchísimos más podría relatar todavía de otros, que recobraron la salud instantáneamente con el uso del agua de la Gruta de Massavielle. ¡Ah! ¿cuántos casos extraordinarios de curaciones milagrosas no sucedieron allá? ¿Cuántos hechos prodigiosos no se realizaron? Si quisiera yo citar su testimonio, se levantarían millares de voces para proclamar con el

acento de la gratitud la soberana eficacia del agua de la Gruta. No me es posible, dado el tiempo de que puedo disponer, enumerar aquí una mínima parte siquiera de los favores que se han obtenido; pero sí puedo decir, que el agua de la Gruta de Massavielle ha curado enfermos abandonados por la ciencia como incurables; curaciones realizadas empleando un agua, que, segun las declaraciones de químicos hábiles, despues de haberla sometido á un análisis rigurosísimo, la declararon privada de todas las condiciones medicinales; curaciones efectuadas, unas instantáneamente, y otras despues de haber usado esta agua, ya en bebidas, ya en abluciones. ¡Cuántos paralíticos se levantaron, andaron y se reanimaron! ¡Cuántos enfermos, que padecían del estómago, de vómitos de sangre, ó de temblores catalépticos, recobraron salud perfecta! ¡Cuántos octogenarios, por fin, ya desahuciados de curar de sus achaques, vieron prolongados los días de su existencia!

¡Ah, hermanos míos! no terminaría nunca, si pretendiese enumerar siquiera á grandes rasgos las admirables curaciones obtenidas por el agua de Lourdes, y la intercesion invocada á Nuestra Señora con este título. Añadiré, no obstante, para vuestro consuelo, que se reproducen en nuestros días á la vista de todo el mundo las mismas curaciones, atestiguadas, igualmente, por testimonios los más fidedignos, y que es muy fácil presenciarse. Y no creais, que se hayan limitado y se limiten solo á Francia las gracias con las cuales quiso la beatísima Virgen establecer en Lourdes el manantial. Las apariciones de la celestial Señora en la Gruta de Massavielle y los prodigios obtenidos por el agua que de ella manaba, alcanzaron desde luego una celebridad europea. En todas las naciones se hablaba y se escribía sobre este asunto; y mientras que los incrédulos é impíos se desahogaban en burlas y sarcasmos, las personas curadas de males rebeldes é incurables anonadaban los argumentos, con que se pretendía destruir la verdad de los prodigios, con argumentos y sofismas que de su mala fé eran de esperar. Mas como al fin la impiedad vió la absoluta imposibilidad de negar ó dudar de tan gran número de hechos referidos, ó casos extraordinarios, que en todas partes se hacían públicos, imaginaron difundir la especie, de que el agua de la gruta muy bien podía tener como otras muchas fuentes, alguna propiedad benéfica, alguna virtud natural, poderosa, lo cual explicaría sencillamente todos esos pretendidos milagros. Diferentes químicos recibieron el encargo de analizar esa agua, entre ellos notabilidades científicas, y unánimemente afirmaron, que el agua de la

gruta de Lourdes no tiene más propiedades minerales que el agua natural.

En vista, pues, de todas las maravillas referidas y de otras muchas que por brevedad omito, y de las cuales tendreis ya noticia por la fama, comprendereis muy bien, hermanos míos, que la devoción á Nuestra Señora recibiera con ellas un nuevo impulso. Como quiera que sea no puedo terminar sin indicaros algo de ese acrecentamiento de devoción. Dos cosas pidió la Virgen á Bernardina: la primera, que se le erigiese una capilla en las rocas de Massavielle; y la segunda, que visitasen esta capilla los fieles con numerosas peregrinaciones. Ahora bien; basta considerar de que manera se han satisfecho ambos deseos para ver, que la aparición de Lourdes debía necesariamente impulsar la devoción de los pueblos para con María.

Por lo que mira á la primera, ¿dónde ha querido María que se edificase el santuario? Al pié de las montañas pirenaicas, lugar donde se reune gran número de extranjeros, que de todas partes del mundo van á veranear, ó á buscar la salud en la pureza de los aires que allí reinan. Pues bien: el santuario se ha erigido en la cumbre del monte, sobre las peñas de Massavielle, con una magnificencia y riqueza que demuestran la manera con que los fieles han correspondido al deseo de María.

Por lo que mira á la segunda cosa pedida, esto es, el deseo expresado por María, de que los fieles vayan á honrarla en el nuevo templo, cada día leemos bellos y conmovedores relatos de peregrinaciones al santuario de Lourdes; de manera, que se puede muy bien decir, que no hay ya ciudad ni pueblo de alguna importancia, que no haya mandado sus contingentes á estas imponentes demostraciones de filial obsequio á la Santísima Virgen. Y en estas peregrinaciones numerosas continuas y edificantes, se ven personas de toda edad, categoría y condicion, emprender conjuntamente largos y peligrosos viajes, entonando himnos fervorosos. Cuando en el día 4 de Abril de 1862 fué celebrada la colocacion de la imágen de María en el santuario, se contaron sesenta mil personas presentes en aquella augusta ceremonia.

De los hechos que he relatado resultan tres legítimas consecuencias. Primera consecuencia: ¿cómo no admirar, hermanos míos, la economía de la Divina Providencia? A fines del año de 1854, el inmortal Pío IX proclamaba el dogma de la Inmaculada Concepcion, y al transmitir los ecos las palabras del Pontífice hasta los últimos confines de la tierra, los católicos saltaron de alegría, y se celebró en

todas partes el glorioso privilegio de María con fiestas, cuyo recuerdo vivirá siempre en la memoria de los fieles. Y hé aquí, que tres años despues, apareciéndose la Virgen á una niña, que ántes de la aparición declaró, que no había oido hablar de la Inmaculada Concepcion, le dice: *Yo soy la Inmaculada Concepcion... Quiero que se levante aquí una capilla en mi honor; ¿no hay motivos para pensar, que la Virgen quiso consagrar por medio de un santuario el oráculo infalible del sucesor de San Pedro?*

Segunda consecuencia: no solo algunos puntos de nuestra creencia sino que toda la fé católica es admirablemente confirmada por los milagros que se han conseguido á la aparición de Lourdes. Porque si el milagro es una obra luminosa superior á toda fuerza finita, y que no puede reconocer más causa que solo Dios; y si Dios, no pudiendo engañarse ni engañarnos, no puede obrar ningun prodigio en favor de una cosa falsa, es innegable que el milagro guarda una esencialísima conexión con la veracidad divina; y por lo tanto, es innegable tambien, que debe llamarse verdadera aquella religion que tiene en su favor el testimonio de un milagro. Ahora bien; en Lourdes, á favor del Catolicismo, del cual María es Madre y maestra, se obran, no uno, sino muchos milagros de ciegos que recobran la vista, de tísicos que recobran la salud, de cojos y leprosos curados, y de moribundos vueltos á nueva vida: milagros públicos disputados, confirmados y obtenidos instantáneamente. Así, pues, podemos decir con toda seguridad, que las milagrosas curaciones conseguidas al invocar á Nuestra Señora de Lourdes, curaciones que ofrecen las condiciones de universalidad y de duracion, solo pueden ser obra de Dios.

La tercera de las legítimas consecuencias que se deducen de la aparición de Lourdes es, la esperanza en el patrocinio de María. Vivimos desgraciadamente en tiempos miserables y difíciles: los malvados acrecen, los perversos se multiplican, abundan los secuaces del más estúpido materialismo, de la concupiscencia más desenfrenada; engruesan las filas de los perdidos detrás de todo placer sensual, de toda mala costumbre; Satanás triunfa y esclaviza á muchos insensatos. Para no sucumbir á la fuerza de tantos males, tenemos necesidad de un refugio, de un auxilio; y nuestro auxilio y refugio es María. Ella se muestra en Lourdes, y nos dice que es siempre nuestra Abogada, nuestro Consuelo, nuestra Madre, y que sabrá socorrer nuestra debilidad, alejar y desvanecer toda calamidad. Madre de toda gracia, depositaria de todo bien, dispensadora de toda buena

suerte, está siempre á favor nuestro; y acudiendo á Ella en nuestras necesidades espirituales y temporales no podremos ménos de vernos libres de los males que nos afligen, y obtener los bienes que necesitamos.

Comprendamos, pues, amados hermanos, los numerosos é inmensos beneficios de la aparicion de Lourdes. ¡Ah! si en todos los siglos de la redencion no ha habido persona, ciudad, pueblo ó desierto, á la cual la celestial bienhechora no haya socorrido ó no socorra, hoy, que con la aparicion de Lourdes nos ha dado un nuevo motivo para confiar en sus misericordias, abramos el corazon á la confianza. En medio de las horrosas tinieblas que sobre nosotros arremolina el impetuoso viento precursor de la tormenta, tengamos un rayo carísimo de esperanza en el patrocinio de Maria. Por consiguiente, acerquémonos con confianza á este trono de gracia; procuremos reanimar en nosotros la fé, pensando que tenemos una Virgen tan poderosa como elemento, ante la cual nuestras súplicas jamás serán confundidas; supliquémosla con fervor, con sinceridad, con constancia, y sin duda experimentaremos los efectos de su maternal proteccion.

NUESTRA SEÑORA DE LA LUZ.

Ego feci ut oriretur lumen indeficiens.

Yo hice nacer una luz que jamás faltase.

(Eccl. XXIV, 6.)

Cesen ya tus lágrimas y clamores ¡Iglesia santa! calma las ansias y tristezas de tu afligido pecho. Patriarcas desconsolados, llenaos de regocijo; Profetas celosos, cambiad vuestras liras y cantares tristes en cítaras de placer; justos y afligidos, universo todo, envuelto en el negro velo de tinieblas, de ignorancia y miserias, levanta tu cabeza hácia los montes de Sion. Amanecido há una luz grande; llegada es ya la plenitud de los tiempos, el cumplimiento de los oráculos, la consumacion de las venganzas de un Dios terrible y enojado; salida es ya la Paloma del Arca, que en breve ha de traer el ramo verde del olivo en su pico, señal de paz y de triunfo; y en suma, llegado es ya el término de esa oscura noche de terror y de muerte.

El Hijo del Eterno Padre se ofrece á pagar nuestra deuda, y en el exceso de sus misericordias inclina los Cielos de su grandeza. Se viste de nuestra naturaleza en las entrañas de una Virgen, y esta vara fecunda de Jesé produce aquella flor sublime, al Pacificador de los Cielos y la tierra. ¡Recuerdos felices! ¡memorias lisonjeras! vosotros derramáis sobre un pueblo redimido un cáliz de placer, y lo inundais en un piélago de delicias.

Congratulémonos, pues, hermanos míos; enjuguemos nuestras lágrimas, cantemos sin cesar las misericordias del Altísimo, y publiquen nuestros lábios en todas las generaciones, que ha sido fiel en sus promesas; porque vimos pasarse aquella noche, y amanecer la cándida luz, la brillante aurora, precursora del divino Sol de justicia; aquella resplandorosa luz, cuyo resplandor disipó las miserias y tinieblas en que estaba sepultado el mundo desde su origen; aquella Mujer fuerte,